

Texto completo del diálogo entre el académico de la Escuela de Enfermería UDP, Luis González Echeverría, y el académico de la Universidad de Gent, Ricardo Ayala.

¿Nos podrías contar cómo ha sido tu evolución desde ser un enfermero a convertirte en un Ph.D. en sociología en una universidad extranjera de prestigio internacional?

“No sé si evolución es la palabra que yo emplearía. Desplazamiento, tal vez. Hay, sin duda, aspectos de mi manera de mirar las cosas que fueron enriquecidos con mi paso por la escuela de Enfermería. Por ejemplo, en mi trabajo como etnógrafo (investigación en terreno), identifico la capacidad maravillosa de observar que desarrollé más en enfermería, supongo, de tener que recoger con la mirada toda la información posible en muy poco tiempo, aunque se trate sólo de primeras impresiones. Las impresiones son importantes en el trabajo sociológico, pues casi siempre son el punto de partida de un trabajo más sistemático. Otros aspectos son, por supuesto, personales. Desde la infancia desarrollé cierta capacidad para observar sin hablar mucho. Quizás porque, debido a una condición médica ligera, fui humillado permanentemente por los deportes de equipo (ríe); y, entonces, mi puesto permanente era la banca, observando. Bastante irónico que eso fuera el inicio de una habilidad actual. Mi desplazamiento de la salud a las ciencias sociales no fue casual, pero se dio de manera orgánica, sobre todo gracias a mi formación de postgrado en una facultad de Filosofía y Humanidades. Aunque me desarrollé profesionalmente en salud y en gestión de salud, mi formación como académico fue en las ciencias sociales, donde me inicié en sus abordajes, preguntas y métodos. Luego estudié Sociología, en Francia, y gracias a una beca de la Comisión Europea realicé mi investigación doctoral, en Bélgica. No debiera llamar la atención entonces que mi tesis se titule *Towards a Sociology of Nursing*”.

¿Siempre supiste que serías sociólogo o pensabas que serías enfermero para siempre?

“Ni lo uno ni lo otro. Cuando era niño tenía muchos intereses. Y supongo que aún los tengo. A cierto punto, es verdad, quise ser profesor; no recuerdo bien de qué, pero profesor. Mis vecinos de la casa del lado eran todos profesores, un matrimonio en que la madre era profesora, y sus cinco hijos estudiaron en la Escuela Normal. También admiraba a varios de mis profesores en la escuela. Pero luego desarrollé un interés por la botánica, ¿puedes creerlo? En mi tiempo libre leía libros antiguos, de esos impresos en papel de roneo que huelen a estante, como el de Carlos Silva, editado en 1958. Abrir uno de esos libros era para mí como abrir una puerta a un mundo fantástico. Me gustaban las ilustraciones, me aprendía los nombres técnicos de las partes de las plantas, leía sobre su ciclo anual y aprendía hasta de agricultura, supongo también por haber nacido en una zona agrícola, donde era muy común tener un huerto en casa. Luego llegué a las plantas que tenían propiedades medicinales, que fue un momento decisivo en mi desarrollo: coleccionaba plantas medicinales, las disecaba y rotulaba, y luego las organizaba de acuerdo a las enseñanzas de mis tíos que vivían en el campo y de señoras ‘yerbateras’ del mercado de Chillán. A veces también las vendía a los profesores. Leía sobre homeopatía y naturismo, mientras estudiaba electricidad industrial y participaba como voluntario en la Cruz Roja. Allí aprendí sobre derecho internacional humanitario. Desafortunadamente, en la universidad no se enseñaba nada de eso, al menos no en salud. No eran los tiempos, supongo.

“En Concepción, siendo estudiante, me dediqué un poco más a las artes –teatro, dibujo, música y escritura creativa – lo que a su vez derivó en una vida bastante bohemia que hacía de

mi futuro en salud algo incierto, pues trabajar en salud exigía una cierta disciplina que yo no tenía: plazos, horarios, precisión, etc. El sistema educativo también estaba organizado de manera que las artes y las ciencias funcionaran como dos mundos opuestos. Después, en Santiago, dediqué un tiempo más a estudiar música, en el Instituto de Música de Santiago y en el ex-Pedagógico.

“Fue mientras trabajaba en gestión de salud, hace unos doce años, cuando despertó en mí un interés por las ciencias sociales. Y resultó en lo que ha resultado, así, de manera no planificada, instintiva. Quizás ese mismo interés por el mundo de las plantas (no sé si por las plantas en sí o por los libros sobre plantas) sea la base de mi afinidad actual con una escuela de pensamiento en sociología que se conoce como *ecological theories of society*, donde hay también una rama dedicada a las profesiones, analizadas desde sus interacciones y repercusiones mutuas”.

¿Cómo has logrado tantas publicaciones?

“No sé cuántas son exactamente, nunca las cuento, pero sé que no son tantas. Desearía que fueran muchas, pero me tomo mi tiempo para bosquejar mis artículos, controlar las fuentes y desarrollar mis argumentos. Luego, el proceso de escritura y edición tiene sus propios ritmos. También está el devenir de las ideas en el ciclo creativo –crear algo implica realizar actividades inusuales que fomenten la visualización accidental de aspectos nuevos– y la maduración de las ideas vía una compenetración más detallada con la literatura. Eso no siempre implica leer más, sino leer lo mismo muchas veces y con más detención. Mientras leo, escribo muchas notas; tengo blocks llenos de notas, a la antigua, a mano, lo que en períodos de producción creativa sistematizo mediante visitas a los cafés que más me inspiran. Allí paso una hora o dos, offline, leyendo, releendo y tomando notas, a veces al reverso de un posavasos cuando se acaba el block. También escribo mucho en trenes y aeropuertos. A cierto punto de mi doctorado, pensé: ‘Necesito un nuevo capítulo en mi tesis para articular mis conclusiones’. Al cabo de unos días buscando la solución, examinando mis propias notas, me respondí: ‘¡Pero si aquí está mi capítulo!’. A veces las ideas más geniales nacen en las formas más mundanas”.

¿De dónde obtienes inspiración para escribir sobre las profesiones de Enfermería y de Obstetricia?

“Primero que todo, hay un conocimiento experiencial. Por circunstancias familiares, tuve contacto con el mundo de los hospitales como familiar de paciente a muy corta edad. Luego, como estudiante, como profesional, como gestor, como docente y, ahora, como investigador. Eso da una variedad de ángulos. Como investigador también tengo una relación muy estrecha con personas que trabajan en salud y con estudiantes, incluso aquí mismo en nuestra Facultad de Medicina, en Gent, con quienes colaboro en sus programas de postgrado. Durante mi etnografía también comparto mucho tiempo con trabajadores de salud. Con ellos tenemos discusiones durante mi proceso de interpretación de lo que observo. También tengo una relación cercana con otras profesiones, no sólo en salud, lo que aumenta esos ángulos desde los cuales ‘mirar’ las profesiones en su interacción. Me intereso en lo que las profesiones hacen, más que en lo que dicen que hacen. El diálogo permanente con otros investigadores, los debates con docentes y estudiantes, las lecturas sobre formas pasadas y presentes de representaciones en medios académicos y en la prensa escrita, todo eso confluye en las preguntas que me planteo, en los métodos que uso para responderlas y en la forma que adopta mi escritura”.

¿Qué recomendación darías a los profesionales jóvenes que tengan inquietud por investigar?

“Como siempre digo a los jóvenes, y a los no tanto, es importante desarrollar una actitud científica. Si la característica de las profesiones es su base científica, entonces una profesión madura no tiene lugar sin una actitud científica. Eso implica un ejercicio permanente de identificar lo que se toma como conocimiento científico y evaluar cómo se ha llegado a ese conocimiento. Por ejemplo, hay trabajos llenos de ejemplos en que las opiniones de un autor se basan únicamente en las opiniones de otro autor. No basta con que algo esté escrito en un artículo. Especialmente cuando se trata de un argumento, las premisas realmente necesitan justificación, o pruebas, para que las conclusiones sean aceptables. Se trata de un ejercicio intelectual de tomar un todo, descomponerlo en partes menores y examinar su interrelación lógica. La ciencia tiene esa característica, pues su finalidad última es la de llegar a una cierta verdad científica”.

¿Cuál es tu opinión acerca de la producción de científica en área de la salud, en Chile?

“La ciencia es importante en las sociedades modernas. No lo digo en términos de desarrollo de una nación, sino en referencia a cuán trascendente es en ayudarnos a convivir con distintas formas de riesgo, previéndolas o reduciéndolas. La sociedad moderna es una sociedad de riesgos.

“La salud es un área tan vasta, aunque dominada por la investigación de medicamentos y fármacos, junto a otros tipos de investigación clínica. Visto de esta manera, los objetos de estudio que interesan a otras disciplinas tienden a quedar en una posición periférica. Y, si bien estar ubicados en la periferia se relaciona con una institucionalidad menos consolidada, también hay aspectos del abordaje personal del investigador que tienden a jugar en contra, como la autoexclusión de los debates generales sobre salud, la abstención ante oportunidades de financiamiento y, muy importante, la inexperiencia respecto a la generación de redes de trabajo. En investigación hay mucho de formación maestro-aprendiz, que puede aplicar tanto a las relaciones personales entre investigadores como a las relaciones entre disciplinas. Los grupos en posiciones periféricas pueden, en mi forma de ver, denunciar y contemplar un menoscabo institucional histórico, pero también definir y construir aquellas oportunidades que el pasado no entregó.

“Ahora bien, la producción científica, entendida como volumen de publicaciones, refleja este mismo principio de centralidad v/s periferia en el mundo académico: hablando *grosso modo*, no hay publicaciones sin investigación, no hay investigación sin financiamiento, no hay financiamiento sin el ideario idóneo. Y cuando digo ideario, me refiero a una identidad de investigador”.

En tu punto de vista, ¿cuál es la contribución de las ciencias sociales al área de la salud?

“Hablaré de la sociología, que es la ciencia social que más conozco. Una de las principales preocupaciones de la sociología contemporánea –al menos en la escuela de pensamiento con la que me identifico– es la de examinar hasta qué punto hemos evolucionado desde una sociedad feudal, en que el destino de una persona está definido de antemano por el “accidente del nacimiento” en un estamento social dado, a una sociedad en que el futuro se forja en base al talento y al esfuerzo en un marco de equidad. La sociología puede contribuir a corregir muchas creencias basadas en relaciones de causalidad inmediata (por ejemplo, llueve

porque las nubes sueltan agua) mediante un modelo de causas fundamentales (por ejemplo, llueve porque hay un proceso constante de evaporación que permite la formación de nubes, cuyo vapor se condensa y precipita). Aunque esta perspectiva recibe distintos nombres, permite mirar las distintas fuerzas sociales que inciden en la ocurrencia de un fenómeno dado, sea en la experiencia de la enfermedad, sea en las relaciones entre profesiones, sea en el desarrollo del sistema de salud. El hecho de que al hacer esto se empleen herramientas conceptuales o teóricas permite además desarrollar hipótesis, en lugar de reportar meramente una descripción de lo que se observa”.

¿Cómo ves tu relación con otros autores de Enfermería en Chile?

“Por un lado, me alegra ver un gran interés de parte de investigadores y estudiantes, quienes me contactan personalmente para discutir en profundidad aspectos que les llaman la atención, para solicitarme material, para preguntar mi opinión frente a un asunto que analizan, o bien para consultarme algo de manera estructurada en calidad de experto. Muchas de mis publicaciones, de hecho, son resultado de estas relaciones de colaboración cercana, en parte porque considero la publicación como una ‘conversación’, tanto como considero una serie de publicaciones en torno a un mismo tema como varias ‘conversaciones’ seguidas; de ahí que el tono y registro de lo que escribo sean comúnmente los de una prosa característica escrita en primera persona, con la que encuentro una conexión más íntima con los lectores, que en muchos casos son otros investigadores. Y en parte también porque mi área de experticia en la sociología de las profesiones se conecta con los intereses de quienes investigan asuntos profesionales, en enfermería, en obstetricia, en trabajo social y en otras disciplinas.

“Por otro lado, hay aspectos de mi trabajo que otros podrían considerar más complejos. Gran parte de la literatura de enfermería adopta una perspectiva idealista, en su vocabulario o en sus premisas, que describe una realidad óptima de lo que sería deseable como escenario, pero que a la vez pierde de vista –bien de manera accidental, bien de manera deliberada– las circunstancias del aquí y el ahora. Quienes han leído mis artículos saben que mi perspectiva es más bien realista, influida por la sociología pragmática. Esta perspectiva reconoce que, en el desarrollo de las disciplinas, hay no sólo ideales y consensos, sino también discrepancias, controversias y rupturas. Esto ofrece más riqueza al análisis, pues la crítica académica, cuando se enfoca en el argumento, afina la perspectiva. Yo estudié en una época en que no era permitido criticar a la ciencia o a las disciplinas, pues se asumía que representaban el triunfo de la verdad. Hoy entendemos que eso no es así, y por eso considero que los discursos idealistas y los discursos realistas cumplen funciones diferentes, y por ende usan lenguajes diferentes y operan en niveles diferentes. Por lo mismo es que al contrastar mis trabajos con los de otros autores, nuestros argumentos son en ocasiones afines, a menudo contradictorios, pero sin duda también complementarios.

¿Qué trabajos haces en colaboración con colegas de Chile, por ejemplo?

“Tantos buenos ejemplos. Mi libro *Gestión del Cuidado en Enfermería*, editado en coautoría con M. Julia Calvo y M. Cristina Torres, de la Universidad Austral, tiene varios capítulos que son resultado de esta colaboración permanente, como el de Érika Caballero, quien tiene una mente extremadamente lúcida y con quien es siempre un placer discutir asuntos profesionales. Ese mismo texto fue prologado por Paz Soto, de la Universidad Católica, que es también presidenta de la Asociación Chilena de Educación en Enfermería (ACHIEEN). Otro libro

bien conocido es *Aprender a Cuidar*, escrito en conjunto con la gran Beate Messing (*nota del entrevistador: Directora de la carrera de Enfermería en la Universidad San Sebastián, sede Valdivia*). También, con cierta frecuencia, intercambiamos ideas con Olivia Sanhueza y Sandra Valenzuela, de la Universidad de Concepción. ¡Ellas han escuchado y respetado mis ideas desde hace más 20 años! Con Edith Rivas, de la Universidad de la Frontera, tenemos una colaboración cercana en su programa de magíster. Y con Rocío Núñez, de la Universidad de Santiago, acabamos de terminar una investigación conjunta sobre historia e identidad, pronta a ser publicada en *Nursing Inquiry*. Ella estudió métodos historiográficos durante su doctorado, justo cuando yo comencé a desarrollar un interés por la historiografía.

“Con la Universidad Austral iniciamos también, hace 5 años, un trabajo de tutoría para académicos principiantes. Mi contribución allí es una asignatura de escritura académica para postgrado, en la Facultad de Filosofía y Humanidades, ideada junto a Rodrigo Browne. En la Universidad de Chile, también, está Lorena Binfa, quien ahora es Directora en Obstetricia y Puericultura, con quien hemos publicado hace poco en el *Journal of Interprofessional Care*. Otro ejemplo de colaboración con matronas es Myriam Márquez, de Valdivia, quien fue responsable de una unidad de didáctica allí en la Universidad Austral; con ella compartimos también ciertos intereses en educación profesional. Puedo mencionar también a Valentina Leal, de la Escuela de Enfermería de la Universidad de Valparaíso, quien es para mí una referente indiscutible en colaboración académica. Así, también, tenemos relaciones profesionales muy fluidas con Magaly Miranda, de la Federación Nacional de Asociaciones de Enfermeras y Enfermeros de Chile (FENASENF), con Paola Pontoni, del Colegio de Enfermeras, y con miembros y ex-miembros de la Federación Nacional de Estudiantes de Enfermería de Chile (FENEECH), como Gonzalo Ortiz. En la línea de cuidado interprofesional trabajamos con varios otros colegas chilenos, por ejemplo el pediatra Osvaldo Artaza, quien ahora es asesor de sistemas y servicios en la OPS, en Buenos Aires.

“En sociología también, cómo no, Tomás Koch y Julio Labraña, quienes circunstancialmente se encuentran en Europa ahora, en Bélgica y en Alemania, respectivamente, desarrollando sus estudios de doctorado. Aunque casi todos mis colegas de Sociología no están en Chile, ya que no estudié Sociología allí. Además de los congresos, es en los centros de estudio donde se originan las redes de trabajo”.

¿Y en la Universidad Diego Portales?

“Ya hemos tenido ocasión de conocernos. Quizás ahora que tú estás allí habrá más posibilidades de contacto a través tuyo. Está iniciando una línea de investigación interesante en epidemiología social, y uno de nuestros centros de investigación aquí, en Gent, se especializa en sociología epidemiológica (ver <http://www.ugent.be/ps/sociologie/nl/onderzoek/hedera>). Ahí puede generarse una colaboración eficaz”.

¿Cómo ve el futuro de la Enfermería y de la Obstetricia en Chile?

“¡Qué fascinante pregunta! Todos quisiéramos poder ver el futuro con anticipación, pero -por ahora- sólo podemos ofrecer algunas perspectivas. Hay muchos cambios posibles, pero me enfocaré en los más probables. Una perspectiva se conecta con un artículo que acabamos de escribir con Beate Messing y con Tomás Koch, sobre las transformaciones que la enfermería experimenta como sistema. Es posible que la disciplina en sí sufra transformaciones drásticas,

pues la práctica de la enfermería ha mutado desde la época en que se formularon las teorías más influyentes. En un sentido, la disciplina formula representaciones sobre trabajo práctico, pero al mismo tiempo la profesión retroalimenta esas representaciones; muchas teorías se centran en la relación con el paciente, pero la profesión de enfermera abarca hoy muchos otros aspectos, sobre todo a nivel organizacional, y es por lo cual las enfermeras muchas veces no encuentran en las teorías clásicas una herramienta para organizar su trabajo. Éste es un aspecto interesante también para las matronas, ya que en el contexto de las organizaciones realizan funciones análogas: matronas y enfermeras hacen funcionar los servicios y dirigen flujos de trabajo. Sin duda, ambas profesiones comparten mucho más que funciones, a veces conflictivas desde un punto de vista de roles. Ellas comparten un *ethos*, que se refleja en su deseo de cuidar.

“Otra perspectiva de cambio, tan probable como deseable, es una mayor armonía entre profesión y ciencia. Hay signos de un mayor interés por comprender la actividad científica a un nivel más profundo, tenemos la generación de académicos más formados de la historia, y los estudiantes con más experiencia internacional. Todo eso es un fermento excelente para un futuro en que los profesionales puedan hacer mayor uso de la ciencia, juzgar la pertinencia y la calidad de los resultados científicos, y formular sus propios métodos, herramientas y representaciones. Ésta también podría ser una forma de reparar la dislocación entre teoría y práctica, y de forjar en el largo plazo experiencias de trabajo más satisfactorias”.